



TRANSBORDOS

*U*no de los rasgos más característicos de la carrera naval es la frecuencia con que cada miembro de la institución cambia de destinación. Esta práctica tan propia del servicio naval ha obedecido a importantes requerimientos, que van desde los fundamentales, tendientes a lograr que todos alcancen un adecuado entrenamiento -ya sea a bordo, en unidades aeronavales o en las de combate de infantería de marina - y una cíclica instrucción profesional, hasta los complementarios, de atender el funcionamiento del complejo establecimiento naval de tierra y de cumplir funciones extrainstitucionales de significativa representatividad, sin descuidar los que se relacionan con procesos de instrucción avanzada en el extranjero, con períodos de entrenamiento básico en nuevos buques o equipos, y tantas otras comisiones de inexcusable cumplimiento.

En la actualidad, sin embargo, los procesos de instrucción y entrenamiento -que son los que generan gran parte de los cambios de destinación- están siendo afectados en su concepción básica por el impacto del acelerado desarrollo tecnológico de nuestros días. Dicho factor obliga a una muy alta especialización y ello tiende a conformar grupos de expertos -relativamente pequeños- cada vez más estrechamente relacionados a un determinado tipo de armas o equipos, pudiendo llegar a crearse una

creciente diferenciación en el seno de las especialidades, tradicionalmente homogéneas.

Lo anterior deriva en una tendencia a la estabilidad en los puestos, que se perfila válida hasta la suplantación del material que tales expertos dominan, por otro de más avanzado diseño. No obstante, la propia y rápida obsolescencia que caracteriza al material moderno hace muy riesgosa -y onerosa, por cierto- la excesiva compartimentación del conocimiento y del adiestramiento tecnológico. Esto refuerza la otra tendencia, más tradicional, que busca mantener los sectores de dominio tecnológico tan amplios como sea necesario para cubrir las variadas demandas afines, desarrollando eventualmente esfuerzos de instrucción y entrenamiento específicos -intensos pero proporcionados- de modo de no erosionar gravemente la cohesión general de las especialidades, permitiendo así la subsistencia de escalafones que dispongan del suficiente número de plazas y de niveles para dar forma real a una verdadera carrera.

Cabe señalar que esta cobertura general del servicio naval -de Guardiamarina a Almirante y de Grumete a Suboficial Mayores la que da sentido a la profesión, impidiendo que se disgregue en una serie de simples oficios que podrían ser muy eficientes en lo específico, pero indudablemente fugaces en el tiempo y, aun cuando estén concentrados en el espacio, carentes entre sí de una vinculación real que los pueda relacionar como partes inseparables de un todo.

La Armada de Chile, consciente de la seriedad de este problema, lo reaprecia continuamente en relación con cada especialidad y cargo, readecuando cuando es posible la permanencia en los puestos por tiempos que permitan un buen entrenamiento y, además, un satisfactorio aprovechamiento de esa capacidad por lapsos que beneficien claramente al servicio, sin llegar a entorpecer el legítimo desarrollo de una carrera normal. Es probable que el mayor número de permanencias prolongadas se establezca preferentemente en los niveles superiores de cada escalafón, donde la experiencia personal acumulada ya es suficiente para dar la visión global que requiere todo desempeño particular debidamente encuadrado, favoreciendo con ello al alto rendimiento que se obtiene cuando los expertos se mantienen con máxima continuidad en puestos que dominan.

Sin embargo, el movimiento de los escalafones genera naturalmente, por sí solo, especialmente en los rangos más altos, una sucesión de transbordos en cadena que se suma a la serie que originan indefectiblemente las rotativas por instrucción y entrenamiento, que ya se han señalado.

Sin desconocer los contratiempos de variado orden que esta característica institucional provoca, es del caso destacar los decididos, permanentes y efectivos esfuerzos de la institución por atenuar en tales procesos sus más duros efectos, especialmente sobre el grupo familiar. Los sistemas de indemnización pecuniaria, de pasajes y fletes, así como los servicios de bienestar -en la medida que las disponibilidades presupuestarias lo permiten- se vuelcan prioritariamente para dar apoyos que signifiquen un alivio real de situaciones críticas. Esta solidaridad institucional para con sus miembros, si bien no siempre puede superar totalmente los desajustes ocurridos, tiene efectos muy positivos que van más allá de un simple cálculo material y se proyectan hondamente en el campo intangible de la predisposición anímica del personal para emprender nuevas tareas y asumir otras responsabilidades con renovado entusiasmo y fortalecida entereza moral.

Es así como los transbordos frecuentes continúan siendo una actividad institucional característica, con períodos de especial intensidad determinados por las fechas de los procesos de ingreso y retiro, así como por las de término de las etapas de instrucción, todas las cuales son debidamente racionalizadas para no afectar concurrentemente el grado de alistamiento de las fuerzas operativas.

Así las cosas, el servicio naval muestra con singular regularidad continuos cambios en la conformación de sus dotaciones, y ello se transforma en una condición natural de la carrera; de este modo, la predisposición individual para ser protagonista entusiasta de tales movimientos es un rasgo indispensable de la personalidad de cada marino.

El hecho que el marino se desplace de una cubierta a otra en tantas oportunidades en su carrera, incorporándose en cada caso con amplia naturalidad al medio que le recibe -fuera de contribuir a los propósitos de preparación profesional generalizada ya señalados- le permite, además, un real conocimiento de su Armada y

le desarrolla profundamente el sentido de pertenencia que es especialmente necesario en una institución que se caracteriza por la multiplicidad y variedad de sus unidades, y el amplio marco tridimensional en que ellas actúan.

Es del caso mencionar que, por lo demás, este permanente peregrinar se hace llevadero y grato por la existencia efectiva de una modalidad de vida típicamente naval que, sean cuales fueren las características materiales de cada unidad, entrega a todos quienes integran su dotación un ámbito de principios y procedimientos, de estructuras y relaciones, sensiblemente similar en todos los casos, lo que se aprecia por cada marino como la expresión más clara y explícita de pertenecer a un sistema que es, verdaderamente, una institución.

Otro de los factores importantes que se destacan en estos frecuentes transbordos, es el que incide en la relación profesional y humana que se replantea constantemente entre quienes conforman cada unidad. Cada cambio de destinación implica una nueva ubicación personal respecto de superiores, compañeros y subalternos, y ello, además del estímulo que brinda para mantener o mejorar anteriores comportamientos, constituye un desafío integral a todas las capacidades de cada cual, particularmente respecto a fuerza de carácter, espíritu de superación y aptitudes de captación y acomodación ante nuevas circunstancias.

Una derivación importante de lo anterior es la real sensación de estar siempre reiniciando un proceso en que somos sucesivamente evaluados por quienes nos rodean, desbaratando así cualquiera utópica concepción de que la carrera queda definitivamente decidida por los esfuerzos hechos a su comienzo. La realidad señala todo lo contrario, y en esta constante calificación de nuestra capacidad y rendimiento, por observadores personalmente diferentes pero copartícipes de una doctrina común de evaluación, radica la esencia de todo el dinámico proceso de perfeccionamiento personal y profesional de los miembros de la Armada, en todos sus diferentes grados y especialidades.

Por otra parte, los procesos de transbordo dan forma al simple pero gratificante hecho de que en ellos se reconoce, a través de la nominación, que cada cual es una persona diferente que ha concitado, por alguna razón particular dentro del gran contexto institucional, el interés de sus superiores.

Queda así en evidencia la vigencia de un sistema que logra satisfacer, con amplia ponderación y ecuanimidad, la demanda psicológica de reconocimiento, tan fundamental para todos y cada uno de los integrantes de una organización.

En este orden de cosas, los transbordos señalan a cada miembro de la Armada que su futuro profesional, y con ello su seguridad, están en la mira de todo el proceso, pues con un mejor entrenamiento y un más amplio conocimiento de las variadas facetas de la actividad naval se acentúan tanto sus perspectivas de continuar en la institución, cuanto sus probabilidades de progresar en su seno. El tomar conciencia de tal interrelación redundada en el consiguiente fortalecimiento del mejor espíritu de servicio de cuantos entregan su aporte profesional, incentivado fundamentalmente por su profunda fuerza vocacional y por el claro sentido de responsabilidad y elevado espíritu patriótico que la Armada les ha inculcado, pero para quienes también tiene un alto significado la inveterada política institucional de garantizar a todos una seguridad profesional fundada en la oportuna acreditación de méritos, tanto para permanecer en el servicio como para optar a las promociones que la carrera ofrece. Para tales efectos, los transbordos -cubriendo toda la gama de habilidades exigibles- constituyen una importante fuente de capacitación profesional y, por ende, de seguridad.

Es evidente que la más amplia comprensión de los beneficios que reporta un sistema racional de transbordos a la eficiencia institucional -tanto desde el punto de vista de capacidad y entrenamiento globales, como muy particularmente a través de la satisfacción individual de las necesidades psicológicas de pertenencia, reconocimiento y seguridad- favorece la más plena aceptación de su impacto en lo personal y contribuye a minimizar los inconvenientes transitorios que de su ejercicio se derivan.

Además, esta percepción consciente de la esencia de una actividad tan trascendente refuerza con renovados bríos el inextinguible espíritu marino que siempre ha buscado, intuitivamente, desconocidos horizontes que surcar, remotas playas que alcanzar y siempre nuevos desafíos que enfrentar, conviniendo a tales logros en los elementos intrínsecos más preciados de una cabal realización personal como buen marino.

Es así como la tradicional estampa del marinero con su bolsa de lona al hombro no es sólo una viñeta de adorno para postales de recuerdo, sino que simboliza una característica esencial de la carrera -hoy aquí, mañana allá- que pervive, vigorosa y efectiva, en los lineamientos básicos de nuestra marcha institucional.

